



FRACTALES

STEPHANIA GONZÁLEZ ROBLEDO

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
SOLTAR LAS AMARRAS - 2025

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
FOMENTO A LA LECTURA

FRACATALES
© Stephania González Robledo

Primera edición:
Septiembre 2025

Ilustración de cubierta: generada con sora.chatgpt.com
Imágenes de interiores: Marcela Washington Robledo

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

CONTENIDO

PROLOGO	15
CANTO DE LUNA	23
ALGODÓN GRIS	25
SEIS CONDICIONES	29
EL ORIGEN DEL FIN	31
HASTA SIEMPRE	35
LA RUTA FÁCIL	37
FANTASMA	41
LA HERENCIA DE ESMOND	45
EL GUARDIÁN DEL PRADO	47
ERVA	57
UN ACENTO EXTRAÑO	61
EL OFICIO IDEAL	71



*“Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar.”*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Aún recuerdo con emoción la primera vez que leí *El Principito*. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura — el arte de la palabra escrita — nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

*“Escribir es un acto de resistencia, una forma
de desafiar al mundo y dejar una
huella duradera en él.”*

TONI MORRISON

En este año 2025, el Programa Editorial Chihuahua continúa consolidándose como una de las plataformas más valiosas para las y los autores de nuestro municipio. Gracias al esfuerzo del Gobierno Municipal, a través del Instituto de Cultura, hoy celebramos la publicación de 12 nuevos títulos en la colección PECH 2025 y PECH infantil y juvenil 2025.

Con más de 60 títulos publicados desde su creación, el Programa Editorial Chihuahua reafirma su compromiso de ser casa y refugio para la palabra escrita, acompañando tanto a voces nuevas como a autoras y autores con trayectoria. Esta colección es un testimonio del talento creativo que existe en Chihuahua, y una invitación permanente a acercarnos a los libros, a las ideas y a las historias que nacen de nuestra tierra.

Agradezco profundamente a las y los autores de Chihuahua por su confianza y por seguir compartiendo su visión del mundo a través de la literatura. Sus obras son faros que iluminan a nuestra comunidad, y que fortalecen nuestra identidad.

Invito a todas y todos a leer los libros de esta colección y a descubrir en ellos la riqueza de nuestras letras. Con gratitud y entusiasmo, felicito a quienes hoy forman parte de la colección PECH ¡Que estas páginas sigan siendo fuente de inspiración, encuentro y orgullo para nuestra comunidad!

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL
MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

PROLOGO

Decir que los doce cuentos aquí consignados constituyen un ejercicio de imaginación puede parecer torpe, fácil o, cuando menos, obvio; sin embargo, en plenitud de facultades creativas y lectoras, puedo afirmar que no todos los libros de cuento, ni todas las historias, se definen por esta cualidad, propia de quienes suelen soñar despiert@s, de quienes suelen mantener con dificultades los pies bien puestos en la tierra; cualidad que genera múltiples posibilidades en la lógica en que se construyen y desarrollan las historias que tocan, que no es lógica poética, ni intelectual, sino imaginante; de la misma manera, me aventuraré a proponer que, pese a la consigna de los talleres literarios y cursos de estos tiempos, que publicitan sus servicios invocando la “escritura creativa”, toda escritura, en el fondo, lo es, desde que se produce del modo particular según las necesidades y la inventiva, literaria o no, de cada persona usuaria de la lengua.

Toda escritura es creativa; no toda la escritura constituye un ejercicio de imaginación. Por eso, y porque Stephania González Robledo forma parte del taller de narrativa “El lado oscuro de la hoja en blanco”, celebro con gran alegría y entusiasmo que su propuesta “Fractales”, se eligiera como

uno de los libros ganadores que conforman esta extraordinaria colección.

Por cierto, a reserva de la intención de su autora, el título le viene de maravilla a los relatos que lo integran (cosa que no ocurre con la frecuencia que se quisiera), pues en ellos se repliegan y desdoblan la univocidad de lo particular y las infinitas posibilidades de lo fractal en escalas espirales, cuyas rutas alternas parten y se componen siempre de un lo mismo que se pudre o madura, que se trasciende o cesa para arribar o detenerse en la otredad, para ascender o sumergirse hasta lo mismo-otro.

Así, encontraremos aquí la posibilidad, embarcándonos con buen ánimo hacia la realidad que fluye en estas páginas, de organizar de un modo alternativo a la procreación y educación de las personas; nos hace reflexionar, con algo de extrañeza, sobre lo lejano y cercano de un mundo en que no llueve; vamos del drama humano al divino, explorando rumbos en que pudiera devenir el distanciamiento de Dios con el hijo que le salió más diablo.

Viajamos de lo microscópico a lo inabarcable, yendo del despertar de la conciencia creadora, que pulsa dentro su crisálida con potencial creador, a una postal conmovedoramente salvaje o una que se regodea en la frivolidad cotidiana.

Acompañamos, con algún entremés y algo que nos refresque, lo mismo al individuo que vive prisionero en sí mismo, como a los habitantes de un poblado que de pronto tienen que entrar en guerra con el más descabellado de los enemigos. Así mismo, la muerte; los antiguos tabúes que perduran hoy día; los motivos del folclor y la mitología universal, mezclados con un toque de humor, advertencia e ingenio, nos darán, aquí vértigo, y allá, nos harán sentir que navegamos en las aguas tranquilas de una corriente clara, mientras una brisa aromada de modo inusual, pero placentero, nos invita a entregarnos al vaivén de la modorra o a preparar lo

necesario para desembarcar en aquella orilla nublada que se anuncia en la lejanía.

Sin más, les recomiendo mucho el recorrido, y dejo que, más que intentar hablar sobre lo que ahí les aguarda, disfruten la experiencia en primera persona; luego me platican sus impresiones y hallazgos. Tengo que insistir, para finalizar, en alegrarme y felicitar a Stephania por su primer libro publicado. Me llena de confianza y ganas, ver cómo has pasado de ser una joven que, de no tener certeza de la existencia de personas dedicadas a escribir literatura en nuestra ciudad, a una escritora novel con gran desarrollo en su proceso de formación; gracias por permitirme el honor de ser parte de ello.

Para quien lea, que sepan que todo es posible, pese a propuestas rechazadas, proyectos no premiados, y otros tantos sinsabores propios de la labor de contar.

Vale la pena y es posible. Recién hará unos meses, tuve una escrifanía, había estado en un error todo este tiempo: la materia prima que nos ocupa, nuestra materia prima, no son las palabras, es la imaginación.

ELÍ ISAÍ LOYA BALCÁZAR;
17 de junio de 2025.

FRACTALES

*A mi maestra de vida, que con su guía me ha enseñado a nunca
dejarme intimidar por un reto.*

*A mi hermana, compañera creativa que ha escuchado mis
narraciones desde que éramos niñas.*

*A mi fan número uno, que siempre creyó en el valor de mis
textos y me llevó a escribir más de lo que puedo recordar.*

*A todos los que han compartido su sonrisa conmigo.
Gracias.*



CANTO DE LUNA

La gente aprendió a llegar temprano a casa, cubrir puertas y ventanas, para evitar el llamado de la luna llena. Sólo los menores de dieciséis años están exentos del poderoso hechizo, y todo padre responsable sabe que educar a los pequeños sobre el peligro de la luna, los salvará de serios apuros en el futuro.

Durante esas noches especiales, las parejas interesadas en engendrar a un niño salen a la calle y ven de frente al astro para dejarse guiar por sus instintos.

Nadie ha resuelto de qué manera se determina el lugar para la reunión; lo que sí se sabe es que la ubicación rara vez es la misma. La gente, hipnotizada por la luna, sigue su luz hasta congregarse en un punto apartado de la civilización. Sin necesidad de un mapa o brújula, los enamorados siguen

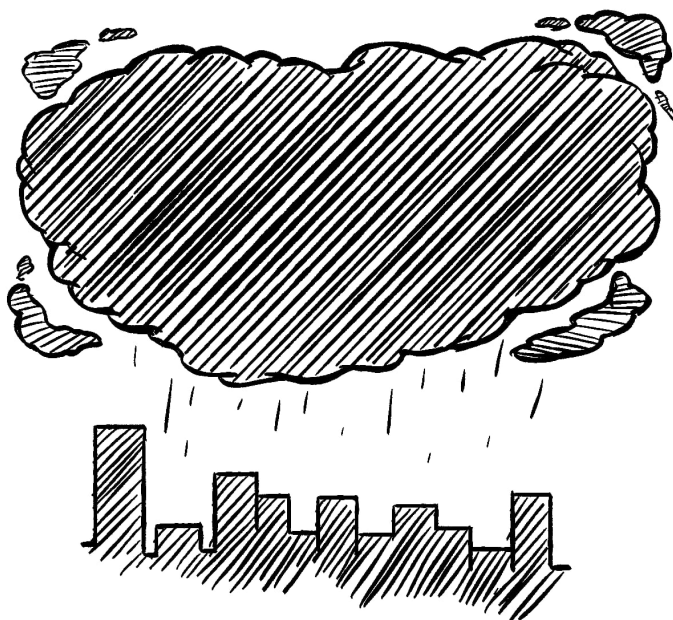
sus sentidos hasta llegar al misterioso destino. Aquellos descuidados que han visto la luna por accidente, encontrarán a alguien compatible entre la congregación, y así, con las mentes apagadas y el cuerpo hechizado, permitirán que la naturaleza siga su curso.

Las parejas se unen en un estrecho abrazo, en apariencia igual al que se comparte entre familiares o amigos. Mientras permanecen juntos, sus voces entonan una suave melodía gutural; siempre es la misma, sin importar en qué parte del mundo se encuentren los participantes. Se han realizado múltiples investigaciones, mas no se ha podido descifrar el significado del enigmático canto. Sin importar la cantidad de intentos realizados por la ciencia, no existe ninguna grabación de buena calidad y, más allá de describir la dulce sensación de haberse vinculado a perpetuidad con su persona elegida, la gente no conserva memoria alguna de la unión.

Quienes han presenciado el evento, dicen sentirse enfermos bajo el sonido de la melodía. Aseguran, también, que los participantes se asemejan más a títeres que a seres humanos.

Pasada una semana, el hechizo se rompe y la gente es capaz de volver a casa. Con un niño en camino, producto del vínculo establecido bajo las estrellas, las parejas están listas para adoptar su siguiente papel en la vida como tutores del ser por nacer.

Ni la desdicha más grande o el amor más sincero han podido romper las uniones formadas por el canto de la luna; por eso les pido: tengan cuidado y elijan con sabiduría.



ALGODÓN GRIS

Todos se rascaban la cabeza y veían por la ventana con ojos grandes y bocas abiertas. Los tonos grises y oscuros en el cielo eran ajenos a todas las generaciones de personas vivientes que, desde su nacimiento, jamás vieron otra cosa que el tono amarillo pálido recubriendo sus ciudades.

Encapsulados en casas de ladrillo y concreto con clima integrado, se vieron obligados a subir la temperatura del termostato (hasta entonces siempre fijo en veinticinco grados); inseguros picaban los botones, pues nadie sabía si la máquina serviría para algo que no fuera combatir el calor.

Los expertos, apresurados, desempolvaban viejas computadoras, modelos obsoletos, con la esperanza de echarlas a andar y encontrar en ellas la información requerida. ¿Qué demonios era lo que había en el cielo? ¿Por qué el viento

soplaba tan agradable como cuando salía de una de sus máquinas refrigerantes?

El algodón gris cubrió el sol sumiendo la ciudad en penumbras, ¡a penas cuatro de la tarde se vieron forzados a encender la luz mercurial en las calles! La gente estaba confundida, el pánico crecía exponencialmente, y el gobierno, en su lucha contra la histeria colectiva, usó todos los medios de comunicación para hacer sus transmisiones.

“Conserven la calma. No se ha encontrado evidencia de que el algodón en el cielo esté creando una atmósfera tóxica. Eleven el nivel de oxígeno de sus máscaras si sienten que les falta el aliento. Tomen asiento en un lugar tranquilo y cuenten en reversa desde el cien hasta el uno. Repitan hasta que su ritmo cardíaco haya vuelto a la normalidad.

“Continuaremos las investigaciones y los mantendremos informados sobre este nuevo fenómeno natural”.

Se fijó el mensaje en los canales de emergencia, pero la situación parecía ir de mal en peor. El algodón en el cielo evolucionaba más rápido de lo que los científicos eran capaces de buscar y, antes de que pudieran denominar lo que fuera que acababa de tapar la luz del sol, escucharon un estruendo que hizo retumbar las ventanas de los edificios. Era el fin de los tiempos.

Corriendo como pollos sin cabeza, los ciudadanos chocaban entre sí. Desorientados, asustados y desesperados, avanzaban mirando hacia arriba, como esperando que aquella masa oscura comenzara a caerles encima. Eso debía ser, por eso vieron una extraña luz blanca antes de la detonación.

Pronto se volvió una situación de emergencia. El viento soplaba fuerte, la temperatura continuaba cayendo, el algodón parpadeaba con impresionantes destellos de energía que surcaban el cielo en menos de un segundo. A pesar de las unidades que la policía hubiera desplegado (con agentes

demandando calma a través de sus altavoces), los ciudadanos continuaban infringiendo las estrictas normas sociales que les ayudaban a mantener una convivencia civilizada. Corriendo, empujando, peleando, maldiciendo... comportándose como animales que no sabían controlar las pantallas de holograma que se proyectaban frente a sus ojos y les pedían quedarse quietos.

“La población ha enloquecido y el cielo se está cayendo”.

Transmitía un noticiero local con ayuda de una joven reportera quién, a duras penas, lograba ocultar el terror en su mirada.

“Tiendas están siendo saqueadas, las rutas de salida de la ciudad se han visto obstruidas por varios accidentes de tráfico, las iglesias, viejas y obsoletas como eran, se han vuelto a llenar con gente que interroga a la inteligencia artificial sobre las instrucciones para recibir ayuda divina. Se rumora que, luego de dar un largo discurso sobre la importancia de quedarnos en casa a esperar información más exacta por parte de los expertos, el gobernador y su familia han dejado la ciudad en su transporte aéreo privado.

“¿Será éste el fin del mundo? Eso no lo sabemos, porque los científicos aún no han podido decirnos el nombre del algodón gris que amenaza nuestras vidas”.

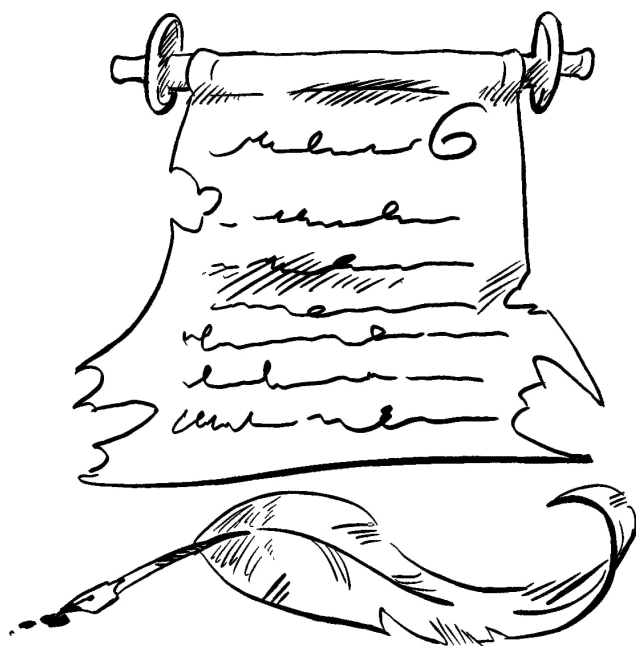
A pesar del caos que se vivía entre la muchedumbre, aún había personas que confiaban en la ciencia y la tecnología, los dos pilares que mantenían en alto a las más reconocidas potencias mundiales. La humanidad no podía terminarse por algo tan ridículo como una masa luminosa de algodón gris en el cielo, por más intimidante que luciera. No tenía sentido que un día, sin causa aparente, se hubiera materializado sobre sus cabezas algo así de grande y ruidoso. Esto no era ningún castigo divino, seguro se trataba de un ataque extraterrestre, el cual podían enfrentar, ya que la raza humana contaba con siglos de preparación para eso; o un

experimento fallido, en cuyo caso, sólo era cuestión de ver qué salió mal y revertirlo.

La esperanza se perdió cuándo cayó la primera gota. El cielo no contaba con tuberías, ¿de dónde estaba saliendo el agua que poco a poco comenzaba a mojar el suelo? Más viento, más estruendos, más descargas eléctricas y, ahora, una preocupante fuga de agua se escapaba del algodón gris.

Empezó de a poco, pero arreció hasta impedir la vista de aquellos que, atorados en sus naves junto a su deseo de escapar, observaban temblorosos a través del cristal. ¿En dónde estaban los expertos?! Buscaban más mensajes de su desaparecido gobierno mientras las calles se llenaban de un agua furiosa que corría con violencia, como cuando alguien abría la llave en el fregador, pero a gran escala.

¡Qué desesperante era no contar con las referencias necesarias para resolver semejante misterio! Todos lloraron, se abrazaron, dijeron adiós y permanecieron despiertos viendo el cielo caerse a pedazos en forma de gotas de agua. Avergonzados, los científicos nunca dieron explicación para eso, ni para la desaparición del algodón gris que, al llegar la mañana, se esfumó como humo en el viento sin dejar rastro de su existencia.



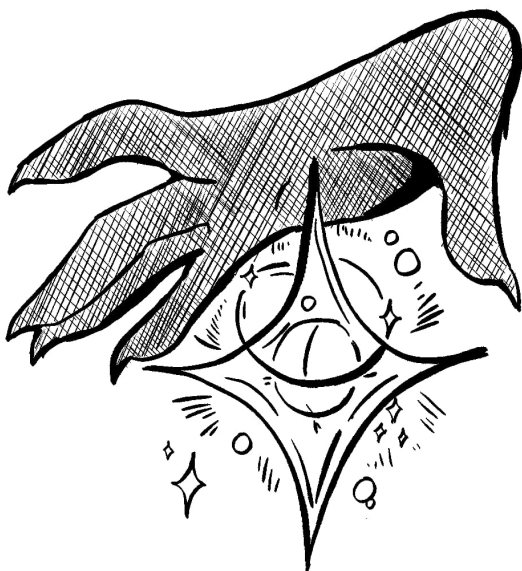
SEIS CONDICIONES

Su regreso no podía suceder de la noche a la mañana como algo natural destinado a ocurrir. Si la separación fue tan caótica y trascendente, el reencuentro ameritaba que fuera igual o, incluso, superior. Habría condiciones, reglas pensadas para generar cambios designados a dividir la naturaleza de la existencia: un antes y un después. Así, sin tacto o cavilaciones, dispuso lo siguiente:

Primero, los ángeles que cayeron con él también debían ser absueltos; segundo, la humanidad quedaría bajo su cargo; tercero, se terminaría el libre albedrío; cuarto, tendría un trono en la tierra desde donde castigaría a la humanidad por sus faltas; quinto, tendría una vida mortal; sexto, al expirar el cuerpo terrenal, su espíritu sería elevado al cielo con

un nuevo nombre y propósito lejos del pasado que marcó su vida como ángel caído.

Lo que ocurriera después no le importaba. Satanás no sería nunca más. La humanidad enfrentaría un cruel castigo por vivir en la inmundicia que él mismo creó. Al final, todo se esfumaría. Como una peste letal capaz de llevar a la creación al filo de la muerte, se iría envuelto en llamas, sangre y lágrimas; un eco de algo que jamás debió existir, pero que, sin importar cuán larga fuera la eternidad, ni Dios mismo sería incapaz de olvidar.



EL ORIGEN DEL FIN

Al inicio había oscuridad. Vasta, infinita y absoluta, sin nadie que diera fe de su existencia. La nada no sabía del tiempo o el espacio. No tenía conceptos que le ayudaran a dar sentido de su identidad. Era lo que era.

No sabemos si el primer latido se creó en un instante o luego de una insoportable eternidad, porque la nada no podía describir algo, y así fue hasta el momento en el que nació en ella una consciencia; ambiciosa y hambrienta de sentido generó un sereno palpar para llenar el vacío.

El pulso resonó a ritmo continuo mandando olas de sonido a explorar la infinitud de aquella oscuridad, pero el sonido no sirvió para despejar las penumbras. “Más”, exigió la conciencia deseosa de sustancia.

La oscuridad, infinita como era, se vio adornada por brillantes crestas luminiscentes que comenzaron a viajar sobre las ondas del palpar; la conciencia se maravilló con su creación: hermosos anillos de luz formaban los primeros patrones de los que era testigo. Se cree que *su* fascinación fue tal que de ahí le nació el deseo de no caer en el aburrimiento nunca más.

Imitando la imagen que lo cautivó, Avyavastha, el dios creador, adoptó la forma de una inmensa bola de luz de colores imposibles y se colocó en el centro del cosmos para dar vida a todo lo que es y será: elementos, leyes, planetas, partículas, pero su creación favorita fue la de aquellas criaturas inyectadas con *su* misma capacidad de pensar y desear.

A los primeros les otorgó privilegios como la inmortalidad, el don de creación y la posesión de vastos conocimientos que eran capaces de cosechar de la conciencia misma de Avyavastha. Sin embargo, su insaciable deseo por ver las cosas en movimiento y ser testigo del efecto que el tiempo tenía sobre sus inventos, lo llevó a crear a la muerte como una variable que añadiera presión sobre las vidas de todos los seres.

Las criaturas pensantes se volvieron su principal fuente de entretenimiento. Sin importar cuán fuertes o inteligentes demostraran ser, las grandes civilizaciones que evolucionaron hasta conquistar mundos ajenos cayeron una a una, pues, por avanzadas que fueran, ignoraban que las dificultades a las que se enfrentaban eran, en realidad, cuidadosamente elaboradas por la insaciable conciencia que alumbró al universo.

Avyavastha se alimenta de acciones y reacciones, así es su naturaleza y, por ende, la naturaleza que rige nuestra realidad. El paso del tiempo trae consigo decadencia y desorden, los materiales se desgastan, las estrellas se apagan, los mundos quedan inertes: no hay manera de escapar.

Hoy ofrecemos contiendas como ofrenda para salvarnos de la influencia de nuestro dios. Planetas enteros se han consumido en Las Guerras de la Decadencia, los victoriosos nos ganamos el privilegio de existir sin enfrentarnos a los peligros de sus constantes trucos y trampas. Esta es la única manera que conocemos de sobrevivir.

Sólo queda rezar y existir con la esperanza de que su interés por nuestros sacrificios perdure para siempre.



HASTA SIEMPRE

Tomás observaba al pajarito cantar y sacudir sus alas. Despreocupado, el animalito celebraba la mañana, parado sobre la rama de un árbol.

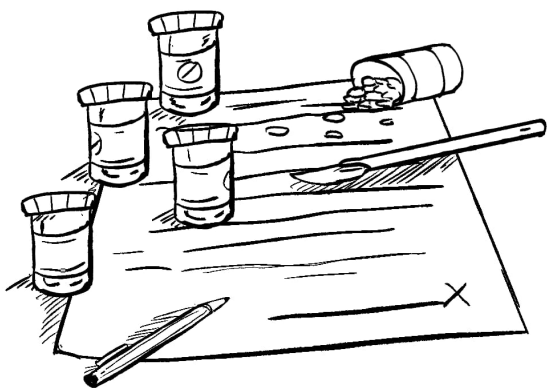
Hacía falta un modo de subir, pensaba el felino relamiéndose los bigotes sin quitarle la mirada de encima. Volteó un poco a la izquierda y otro tanto a la derecha. ¿El árbol? Era su única alternativa, resolvió acercándose con pasitos sigilosos y el torso pegado al suelo.

Cada giro de cabeza del pájaro forzaba al determinado gato a detenerse. Paciencia, se recordaba, intentando no ceder a sus impulsos.

Llegó a la rama indicada, gruesa para soportar su peso, cerca para saltar. Con las orejas bien agachadas, se acercó

lo más que pudo y saltó hacia el descuidado animal con el hocico bien abierto y las patas extendidas.

Fue demasiado lento. Meneó la cola luego de aterrizar y contempló al pájaro volando a lo lejos.



LA RUTA FÁCIL

— **M**ire, tan sencillo como que le cortamos el estómago y se lo dejamos larguito como una salchicha. Queda delgado, así chiquito, que no le quepa mucho. Con ese método deja de sentir hambre, come menos, obvio, y empieza a perder peso. Como por arte de magia, nos deshacemos de los antojitos... aunque hay gente que, una vez bien cerrada la herida, se las arreglan para volver a agrandar el estómago a punta de comedera. ¿Usted qué piensa? ¿creé llegar a tener problemas?

— ¡Ay doctor! No le voy a echar mentiras, estamos aquí, porque no me he sabido controlar. Cuando no es una cosa es otra: fiestas, reuniones, días festivos, cumpleaños, la falta de tiempo para cocinar en casa, el tipo de comida que mi esposo arrima cuando llega tarde y se le antoja algo en el

camino. La mera verdad, no sé decir que no. A veces, no me queda de otra.

— ¡Ah, sí! No se preocupe, la entiendo bien. Sin mencionar que la comida chatarra es más accesible que la saludable. ¿Ha visto los precios en el mercado? ¡Es una pesadilla! Mire, no se apure, a usted, que sabe disfrutar de su comida, le conviene esta otra opción: le cortamos el estómago, igual, lo dejamos chiquitito, pero, al mismo estómago, le conectamos directo parte del intestino delgado, así la comida no pasa por donde habría de pasar normalmente y, de todo lo que come, sólo absorbería una pequeña fracción de los nutrientes. ¡Véalo como un atajo!

— ¡Excelente, doctor! ¡Maravilloso! ¡Quiero eso!

— Bueno... cabe mencionar que, si se somete a ese procedimiento, se vería obligada a recibir inyecciones y consumir multivitamínicos por el resto de su vida, además, habríamos de revisarla con constancia para asegurarnos de que su cuerpo no padezca desnutrición. ¿Qué le puedo decir?, le cambiamos el sobrepeso por unos cuantos estudios de sangre al año y una vida llena de pastillas saludables, ¿cómo le suena?

— ¡Fantástico, doctor, muchas gracias! Es casi como una fórmula mágica, porque así no podré ganar peso por más que meta la pata, ¿verdad? — ríe.

— Sí. La ciencia nos ha brindado herramientas increíbles. Ahora, mire, aquí, claro, estamos hablando de una operación importante, así que, como todo, hay riesgos, pero no se preocupe. La probabilidad de que algo así ocurra es mínima. Vea, pues, pudiera sufrir una hemorragia, infección, perforación de los órganos adyacentes y, en algunos casos, la muerte. Tenemos protocolos: nos piden leer esto a todos los pacientes, pero, si yo estuviera en su lugar, ni me preocupaba.

—En efecto, como en toda cirugía, doctor, después de todo somos humanos, ¿no? Sería mucho pedir tener una solución tan milagrosa y que, además, no hubiera riesgos.

—Yo mismo no lo habría dicho mejor.

—¡Perfecto! Está hecho. ¡Corte lo que necesite, haga cuanto atajo le parezca necesario y cobre lo que haga falta...! Oiga, ¿y la recuperación? ¿Es muy liosa?

—No, tal vez pase tres días en el hospital. Después, alrededor de tres meses. Las primeras semanas, no le voy a mentir, va a tener dolor. Algunos dicen que es fuerte, otros no tanto, depende de la persona (aunque igual le vamos a dar sus analgésicos, no se preocupe). Deberá seguir una dieta líquida. Será como un pollito: poquito todo el día, porque hay que darle tiempo al estómago de sanar. La gente suele sentirse con náuseas y sin apetito, pero va a tener que forzarse a seguir los horarios y las cantidades que le marquemos. Luego le presentaremos comida con más consistencia, papillas o batidos de proteína para que no se nos debilite y así, poquito a poco la vamos a llevar a una dieta más sólida y normal.

—Y con mi coctel de pastillas vitamínicas.

—Y con su coctel de pastillas vitamínicas, ¡por supuesto! Al principio las va a moler, como el resto de su comida, porque no va a poder comer nada sólido. Todo lo va a licuar y colar para que no se le vaya ningún pedacito, pero, con la actitud tan excelente que presenta, ¡estoy seguro de que se recuperará en un parpadeo!

—¡Dios lo oiga, doctor! ¡Ya verá que sí!

—Claro que sí. Tome, aquí está toda la información del pago. Dígale a su esposo que puede depositar la primera mitad ahora y la otra el día de la cirugía. Ya incluí el desglose de los honorarios. Cuando lo ve todo junto piensa “con esto mejor me compro un buen carro”, pero si se fija bien,

todo está justificado. Después de todo, se encuentra usted en las mejores manos para este tipo de cirugías.

—¡Yo sé que sí, doctor! Mi esposo medio renegó, pero yo lo convencí. Nada que un préstamo no pueda arreglar, porque eso de las dietas no funciona... si lo hicieran, no habría tanto sobrepeso en el mundo, ¿verdad? —ríe.

—Por desgracia, así es, pero qué bueno que convenció a su marido, porque esto es lo mejor para usted. A la larga verá que el sacrificio habrá valido la pena y, tal vez, después debamos ayudarle con otra cirugía para el exceso de piel, ¡pero eso ya es a futuro!

—Sí, ¿verdad, doctor? Es lo que yo digo, un problema a la vez. Bueno, agradezco su tiempo, nos vemos el día de la cirugía.

—Fue un placer, señora. Cuídese. Nos vemos pronto.



FANTASMA

Su cuerpo era la jaula que mantenía a los demonios encerrados. Como una olla a presión que no pidió ser. Se sentía incapaz de abrir la reja y dejar salir todo lo que guardaba en su pecho. Quería correr sin rumbo, golpear y romperlo todo, llorar y gritar hasta quedarse sin aliento, pero las paredes eran demasiado altas y gruesas. Ni un sólo temblor escapaba sus manos firmes; ni una lágrima se asomaba en la comisura de sus ojos; por más agitado que se sintiera, su respiración se mantenía a un ritmo sereno. Su voz no se quebraba ni perdía intensidad.

Mantener la cordura era su maldición, pero si alguien pudiera escuchar sus pensamientos se asustaría con los alaridos agónicos que lo habitaban: producto de la batalla que debía librar día con día. Tal vez era esa la única manera de

que alguien se diera cuenta de las cadenas que lo volvían un esclavo en constante búsqueda de una libertad dada por hecho.

Profundos suspiros delataban el anhelo de soltar tan pesada carga. Una maldición personal y permanente lo acompañaba día y noche. A veces, se limitaba a observar en silencio, otras, se negaba a dejarle el protagonismo a la razón.

El fantasma era su propia sombra, acorazada con dudas y miedos se aseguraba de volverse inmune a cualquier argumento inteligente que se le pudiera enfrentar. Vestigios de un pasado complicado, retazos de recuerdos lamentables que, conscientes o inconscientes, fortalecían sus temores y cerraban el camino hacia la luz.

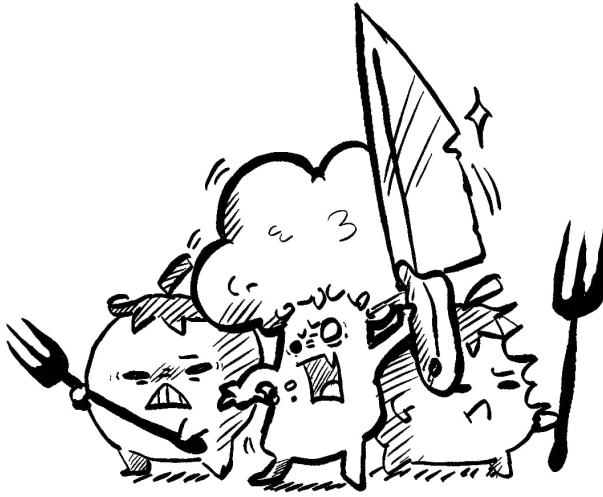
“Aquí yo dicto la realidad, la cambio y la tuerzo a mi parecer. Tú serás siempre mi único espectador, condenado a presenciarme en silencio, sin ser capaz de mostrarle a nadie lo que anida bajo tu piel”, celebraba la sombra, burlándose con total autoridad.

“Si me das tiempo para ganar fuerza, te prometo seguir con este eterno vals en el que caí a tus pies, pero necesito un respiro, uno solo basta para encontrarme y seguir adelante”, suplicaba en frases que repetía como mantras, pero las reglas no las dictaba él, sino aquel que, envuelto en locura, revolvía sus ideas para mantenerlo vulnerable.

La noche era larga, pero no eterna. Ya antes se vio ahí, en ese mismo lugar, sintiéndose pequeño e insignificante, impotente e inofensivo, débil y poca cosa. En su memoria guardaba un par de victorias contra el mismo enemigo. Conocía su debilidad, pero el amargo elixir no atacaba a la sombra sin antes desgarrarle las entrañas a él, porque al miedo sólo se le podía envenenar con realidad. Si la sombra advertía sobre la oscuridad, la solución era someterse junto a ella a innumerables horas en penumbra, y soportar el terror en su cuerpo intentando no ceder, escuchándola usar

todo su repertorio de engaños, hasta que se desvaneciera entre las verdades palpables que no era capaz de distorsionar con sus palabras.

Afrontar al miedo con sus temores no era fácil, desgraciadamente, tampoco una solución definitiva, pues la sombra siempre encontraba cómo volver a engañarlo y dar inicio a la danza maldita en la que él escuchaba, solo y en silencio, al borde de la locura detrás de las sofocantes paredes que, ante los ojos de los demás, lo hacían lucir fuerte y compuesto.



LA HERENCIA DE ESMOND

¡Pero qué manía la de aquel viejo brujo! De todo lo que podía inventar, ¿por qué elegir dar vida consciente y dinámica a las verduras? Y lo que es peor, el muy anciano, allá encerrado en su vieja cabaña en medio del bosque, murió antes de crear un conjuro capaz de contrarrestar su retorcida fechoría.

Desde hace un mes, los granjeros luchan contra sus cosechas, una guerra sin victoria, pues verduras aplastadas o maltrechas no sirven para caldos ni guisos. Ninguna se va sin pelear, ni la calabaza más grande o la col de bruselas más pequeña; la situación es desesperada. Dicen que son inteligentes, porque se les ha visto comunicándose entre ellas, pero resulta difícil considerar entablar una tregua, pues lo que se pediría de ellas sería: que se dejaran comer.

Los más aventurados del pueblo cuentan que a las verduras las lideran una vieja cebolla y un brócoli sabio, ambos atrincherados en la cabaña del brujo y custodiados por enormes campos de cultivo llenos de lechugas, zanahorias, chiles y rábanos. Poco nos importaría que se hayan encerrado junto al cuerpo del loco que las trajo a la vida, si tan sólo aquella triste choza no estuviera repleta de libros de hechicería y recetas de poderosas pociones capaces de causar daños irreparables. ¡Si las verduras fueran sólo verduras, no nos veríamos en este predicamento!

No sé si sirva de consuelo, pero la esperanza cae en los hombros de la joven aprendiz del hechicero, quien, se sabe, viene montando en burro desde tierras lejanas, a donde fue a elaborar un remedio para la calvicie del rey.

Sólo queda esperar que las verduras, como nosotros, sean incapaces de descifrar los horribles manuscritos del brujo, a quién incontables veces se le vio renegando con sus clientes y vociferando sobre la claridad de su caligrafía, la cual, él juraba, no provenía de ningún antiguo idioma olvidado, ni del infierno mismo, sino de la misma vieja escuela que ha estado en el pueblo desde su fundación.

Ojalá el cura aproveche la oportunidad para demostrar, de una vez por todas, que su fe supera con creces la magia del difunto hechicero, porque da la impresión de que sólo un milagro nos salvará de ser exiliados por un montón de verduras malhumoradas.



EL GUARDIÁN DEL PRADO

Cambiante como las estaciones, la vida terminó de desplegar frente a él todo el repertorio de colores que le preparó; no quedaba más, a sus 19 años saboreó todo tipo de emociones y experimentó una infinidad de aventuras. Podía continuar sin mirar atrás, exento de culpa; su muerte fue digna, sin pendientes ni cargos de conciencia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó un hombre cubierto en abundantes empalmes de túnicas oscuras y mugrosas a quien apenas se le distinguían los ojos a través de una pequeña apertura que le servía para ver.

—Lo siento, pero me temo que lo he olvidado después de mi muerte —se disculpó haciendo una pequeña reverencia. El otro, visiblemente insatisfecho, resopló a modo de rechazo.

—¿Trajiste algo para mí? —Pregunta extendiendo una mano mugrosa de uñas largas y desagradables.

—No tengo nada —responde luego de palparse la ropa de arriba abajo.

—Eso veo. Nada, sin nombre o identidad ni una buena charla para el camino, habrase visto sujeto más desgraciado —gruñe decepcionado.

El harapiento hace un gesto con la cabeza para que lo siga y ambos caminan en silencio a través de la espesa neblina hasta llegar a un río sobre el cual flotaba una reducida canoa de madera desgastada.

—Sube —le ordena sin mucho tacto para luego hacer lo mismo y, tomando ambos remos entre sus viejas manos, comenzar a remar contra la corriente.

A lo largo del camino se escuchaban ecos, voces cargadas de angustia, muchas de ellas le resultaron fáciles de reconocer, otras tantas eran ajenas, pero el coro del armonioso llanto que se formaba le colmó el pecho de un cálido sentimiento que le llenó de lágrimas. Los iba a extrañar a todos, pensaba con una sonrisa pintada en los labios.

—Llegamos —la voz ronca del hombre interrumpió el sueño en el que cayó al dejarse arrullar por aquel último adiós.

— ¡Yo lo amarro! —Se apresuró a ofrecer tras notar el muelle en la orilla del río.

—Como quieras —bufó y lanzó la cuerda hacia él, luego de bajarse de la pequeña embarcación.

Haciendo uso de una lámpara de aceite, el hombre guio sus pasos hacia un prado cubierto de pasto y flores rodeado de un espeso bosque de pinos altos y frondosos. Los árboles, así grandes como eran, daban la impresión de ser una pared impenetrable dispuesta para proteger la cálida luz de un eterno atardecer que se apreciaba a la distancia, como

un laberinto diseñado para hacer dudar a cualquiera que se atreviera a perseguir el tesoro que escondía en su interior.

— Es hermoso — declaró con la mirada perdida en las nubes teñidas de un rosa brillante con toques de amarillo y naranja.

— ¿Con tanta niebla? — cuestionó el hombre de la canoa —, debes llegar al otro lado — no esperó su respuesta y le comunicó las únicas instrucciones que necesitaba, luego se dio la media vuelta y empezó a andar por el camino que llegó.

— Gracias... — intentó despedirse, pero al girar la cabeza cayó en cuenta de que el harapiento ya no estaba.

Sin más que hacer, y con el corazón lleno de determinación, comenzó a adentrarse en el bosque; la combinación de la niebla, la falta de luz y los abundantes troncos volvían de aquella caminata una travesía complicada. Bajo semejantes condiciones parecía más una locura pensar en cruzar que en rendirse, pero para él, la falta de visión y unos cuántos árboles no eran motivo de preocupación, pues en vida enfrentó cosas peores que le ayudaron a volverse un hombre compuesto y valiente.

Con esfuerzo y perseverancia logró avanzar hasta ver la luz a un par de metros de distancia. Lo logró, pensaba emocionado cuando escuchó el llamado de una voz desesperada.

— ¡Por favor, alguien ayúdeme! — suplicaba con pánico.

No era un llamado que se pudiera ignorar, así que sin dudar lo se devolvió y comenzó a gritar con la esperanza de guiar a la persona hacia él; si bien encontrar a alguien dentro de ese laberinto parecía imposible, lo cierto era que no planeaba rendirse hasta dar con el llamado. Un par de horas pasaron antes de lograr divisar una reducida silueta entre la neblina. Se trataba de una pequeña niña, no podía tener más de siete años, lucía sucia y descuidada: seguro fue una huérfana que no logró robar suficiente comida para

sobrevivir, pensó con tristeza antes de suavizar el tono de su voz y llamarla.

—No te preocupes pequeña, yo te ayudaré a salir —le aseguró con una cálida sonrisa que la niña correspondió exponiendo una dentadura incompleta; tal como sospechó, aquel espíritu no alcanzó a vivir mucho.

—Gracias —le respondió extendiendo su pequeña mano hacia él.

Con calma y a paso sereno avanzó por el bosque tarareando una canción que recordaba haberle escuchado a su madre mientras atendía los quehaceres en la casa. En su tiempo, la dulce melodía sirvió para hacerlo sentir alegre y tranquilo, por eso esperaba que ahora tuviera el mismo efecto sobre la niña mientras él intentaba volver a encontrar la salida entre la infinidad de pinos que tenían delante.

—¡Veo el atardecer! —celebró emocionada señalando la orilla del bosque.

La caminata fue prolongada, pero sin la capacidad de sentir hambre o sed. Ninguno de los dos podía decir con seguridad cuánto tiempo les tomó llegar.

—¡Auxilio! ¡Ya no aguanto!, ¡sáquenme de aquí! —otra voz llamó a la distancia.

—Ve. Yo iré a ayudar al hombre que está en el bosque —aseguró, liberando la pequeña mano que sostuvo hasta el momento, y sonrió.

La niña lo abrazó, se dio media vuelta y desapareció luego de integrarse a la brillante luz más allá de la niebla.

El bosque estaba repleto de almas en pena, sin importar cuántas veces volviera, siempre había alguien llamando con tristeza o desesperación antes de que él alcanzara el otro lado. Por eso decidió volver al prado de flores y levantar una cabaña. No podía irse dejando a los demás atrás, pero tampoco podía perderse en la niebla por tiempo indeterminado, necesitaba despejar su mente de vez en cuando, y en

ese extraño lugar no había nada más hermoso que las coloridas flores con el impresionante atardecer pintando el cielo.

El tiempo parecía estático en aquel misterioso paraíso, pero él sabía que las horas pasaban cuando el harapiento iba y venía con gente nueva que debía aventurarse al interior del laberinto. Ambos cruzaban miradas sin intercambiar palabras. El hombre de la canoa parecía reconocerlo y mostraba cierta intriga al verlo habitando en su humilde cabaña a mitad del claro, aunque no pasó mucho tiempo antes de que lograra entender lo que estaba haciendo, y en un inesperado cambio de rutina, el hombre del barco comenzó a llevar a la gente a la puerta del joven en vez de abandonarlos a las orillas del bosque.

La experiencia le enseñó que las personas inquietas tardaban más en encontrar la salida del laberinto, y que, si lograba calmarlas antes de entrar, era posible acortar la travesía en la neblina. Por eso optó por recibir a la gente en su cabaña y contarles lo hermoso que era el atardecer del otro lado de los pinos. También los llevaba a ver y oler las flores del prado, los invitaba a recostarse sobre el pasto para contemplar las hermosas nubes que cambiaban de forma y color, y antes de entrar al bosque, les aseguraba que adentro no existía peligro alguno pues, librados de la necesidad de comer o beber, eran libres de deambular sin preocupación.

—No tienes que quedarte a ayudarlos —le dijo el hombre del barco en una ocasión, mientras él levantaba flores para adornar la entrada de la cabaña.

—No lo hago por deber —sonrió satisfecho—, ¿sabes todas las historias que he escuchado? Ancianos, jóvenes, niños, hombres y mujeres, tienen vidas tan ricas y únicas que de verdad no existe tiempo suficiente para conocerlos a todos —pensaba en voz alta sin importarle que el harapiento pudiera juzgarlo loco—, aunque al final eso tampoco importa. Si pudieras ver la infinidad de sonrisas que recibo

cuando los dejó cerca de la salida, jamás presencié una expresión tan sincera y real mientras vivía.

— Te quedaste a ayudar a cambio de historias y sonrisas — murmuró el barquero—. Te contaré entonces la historia de Bernardo, un joven valiente que vivió durante la edad media, hace unos doscientos años.

Olite era un pequeño pueblo agrícola que se formó a las orillas de un reino pacífico. Bernardo creció ahí criando chivas y ovejas, para ayudar a su madre a mantener a sus hermanos y hermanas, pues, por azares del destino, su padre murió de forma prematura a causa de un accidente en el monte. Por fortuna, y a pesar de tener apenas nueve años al momento de la tragedia, Bernardo supo bien cómo mantener el ganado gracias a que su padre lo llevó al campo a pastorear a su lado desde que fue capaz de caminar y mantenerle el paso. La vida se lo prestó poco, pero Bernardo jamás olvidó ninguna de las enseñanzas de su padre y siempre se encargó de hablar bien de él frente a sus hermanos.

Querido por el pueblo, creció rodeado de gente que lo conocía y respetaba, cambiaba la lana de sus ovejas y la leche de sus cabras por comida o ropa, habiendo enseñado a sus hermanos a pastorear y a sus hermanas a hacer queso y mantequilla, se aseguró de que su madre no tuviera que atender más deberes que los del hogar. A sus quince años ya era reconocido como un hombre más del pueblo, los otros ganaderos acudían a él en busca de consejos cuando algo iba mal con sus animales, o con propuestas de negocios para comprar o venderle ejemplares dignos de multiplicar. No lo trataban diferente por ser el más joven del grupo, después de todo, demostró tener más madera de hombre que muchos de ellos, luego de proteger a su familia como lo hizo.

Recién cumplió dieciséis cuándo recibió una propuesta de compromiso por parte de uno de los granjeros mejores

posicionados de Olite. El hombre le ofreció la mano de su hija mayor, Astrid, una chica sencilla y reservada, conocida entre la gente por soñar despierta y ser torpe con las manos, rumores que no lograron intimidar a Bernardo, quién, acostumbrado a lidiar con tres mujercitas en casa, sabía apreciar el encanto de un espíritu libre y sincero.

El compromiso fue aceptado casi de inmediato, pero el joven condicionó al granjero. No habría boda si Astrid, quién apenas tenía catorce años, no lo aprobaba a él como a su compañero. Bernardo recordaba que su padre solía tratar a su madre con un cariño especial, y eso era algo que él quería en su vida, un amor tan natural que lo llevara a cortar flores silvestres en el campo para traer de vuelta a casa, luego de un arduo día de trabajo, solo para ser recibido con una cálida sonrisa que pudiera borrar el cansancio de sus hombros.

Astrid accedió a verse con él durante las tardes. Ambos deambulaban por el pueblo, cenaban en alguna de sus casas o caminaban por el monte para contemplar la caída del sol juntos, ella hablando sobre las novelas que guardaba en su habitación, y él sobre la belleza de las montañas, las estrellas y los prados que recorría con su rebaño. Cuando ella hablaba, él cerraba los ojos con la intención de imaginarse las historias que le compartía con entusiasmo. Cuando él pastoreaba, ella se dejaba cautivar por los paisajes por los que pasaban. No había prisa, decía Bernardo sonriendo de oreja a oreja con el cabello desordenado y la cara empolvada, a lo que Astrid siempre respondía con risillas tímidas y las mejillas sonrojadas.

La parejita era reconocida por todo el pueblo y muchos se mostraban emocionados por la futura boda que uniría a las familias de forma oficial. La orgullosa mamá del joven habló con las otras señoras, quienes, más que dispuestas a ayudar, decían que ni el rey mismo tendría una fiesta nupcial tan buena como la que le iban a hacer a Bernardo.

La boda no sucedió. Poco después de alcanzar los diecisiete años, el joven ganadero fue reclutado por el ejército del rey, el cual se preparaba para combatir a un posible ejército de bárbaros invasores que comenzaba a formarse hacia el oeste, no muy lejos de los territorios de Olite.

Como soldado, Bernardo trabajó para convertirse en el mejor de los guerreros, pues sentía que la seguridad de su familia y todos sus seres queridos dependía de él. Si el rey llegaba a perder, su pueblo sería el primero en ser atacado por los bárbaros. Con esa motivación dedicó días y noches enteras a levantar el ánimo de los hombres que entrenaban a su lado. Entre bromas y juegos los alentaba a seguir, sin importar cuán adoloridos o cansados pudieran estar.

Pastores, carpinteros, herreros, músicos y granjeros se convirtieron en soldados listos para defender a su gente. Vivieron dos años difíciles, pero gracias al constante apoyo que recibían por parte de Bernardo nadie se atrevió a pensar en desertar. Un par de pequeñas batallas los preparó para lo que se avecinaba. Cuando el rey se sintió listo, ordenó a su ejército entrar en territorio enemigo para evitar que los bárbaros terminaran de organizarse. El día que ambos ejércitos chocaron, se dice que Bernardo blandió su espada con valentía y determinación, protegiendo a sus hombres. Les ayudaba gritando órdenes que les servían para encontrar los flancos débiles del enemigo.

Peleó con todas sus fuerzas durante horas sin cesar. Al caer la noche alcanzó a ver la luna saliendo en el horizonte y las estrellas brillando sobre su cabeza, pero más allá de eso, el joven guerrero estaba rodeado de incertidumbre y desesperación, gritos agónicos o furiosos mantenían sus sentidos alerta en todo momento. Con el cuerpo cansado y maltrecho se negó a soltar su espada hasta ver que su capitán declaraba la victoria. Lo lograron. Era todo lo que necesitaba saber para al fin dejarse caer de rodillas sobre el césped con la

mirada fija en el horizonte, porque allá, a la distancia, sobre la punta nevada de las montañas, el primer rayo de sol coloreaba el cielo con hermosos tonos rosados, como si nadie le hubiera comunicado la desgracia que acaba de ocurrir la noche anterior.

Sus amigos intentaron reanimarlo, querían gritar con él y celebrar, pero el cuerpo de Bernardo alcanzó su límite. Tenía más heridas de las que su ligera armadura permitía ver y perdió demasiada sangre. Con los ojos cerrados murmuró su último deseo, quería volver a casa con su madre, hermanos y Astrid, decir adiós y ser enterrado enseguida de su padre.

Al borde de la muerte se le colocó encima de una carreta, otro pastor de su pueblo se ofreció a llevarlo lo antes posible con la esperanza de que el hombre moribundo alcanzara a escuchar la voz de su madre una última vez, pero ningún rezo o plegaria ayudó a cumplir el milagro.

Bernardo no alcanzó a volver a su pueblo. Se cree que murió al alba cerca de los campos de flores por los que solía pasear a sus ovejas, y que eso bastó para pintarle una tranquila sonrisa en el rostro. El ejército del rey no ignoró la participación del joven pastor, muchos soldados visitaron el pueblo para brindar sus respetos al guardián que les recordó pelear con el corazón y defender a sus seres queridos.

Una estatua de hierro fue erguida en su honor. “El guardián del prado”, dice la placa que se encuentra a sus pies, y todos los que pasan a su lado asisten a él en busca de valor cuando así lo necesitan, porque a pesar de haberlo sentido hasta los huesos, Bernardo nunca demostró tener miedo frente a aquellos que dependían de él.

El harapiento guardó silencio y se puso de pie.

—Suenas como un hombre muy afortunado —sonrió viendo directo a los ojos de su amigo, la muerte.

— Todos pensaban que tenía el cielo asegurado, pero pocos se imaginan que aquel pastor tan terco utilizó su pase para ayudar a otros a cruzar primero — bufó.

Él rio entretenido, encogiéndose de hombros.

— Recordaré la historia que me has contado con cariño y aprecio — se limitó a hacer una pequeña reverencia con la cabeza —, pero mi partida sólo será decidida por el destino que siempre guió mi camino — decretó al levantarse—. Ahora ve a ese barco tuyo y trae más gente, que aún hay tiempo de ayudar y yo no me he cansado de vagar por el bosque.

La muerte sonrió bajo las capas de ropa que le cubrían el rostro y se limitó a asentir con la cabeza. Mientras en la tierra existiera gente pidiéndole fuerza al guardián del prado, éste los esperaría en el más allá, dentro de su cabaña, para guiarlos cual pastor a su rebaño a través de aquel espeso bosque.



ERVA

— ¡Bah! —bufó Erva haciendo bolita la nota que encontró pegada a su puerta: otra amenaza más—. Siempre es lo mismo con esa gente —dijo entre dientes luego de aventar el papel a la chimenea.

No tenía tiempo para preocuparse por tonterías. Continuó preparando su canasta, era hora de salir a recolectar nueces y bayas.

El sol se ponía en el horizonte. Iniciaba el otoño y las hojas de los árboles comenzaban a pintarse de colores. A su paso, Erva se deleitaba escuchando el canto de los pájaros y el correr del río. Una brisa fresca le acarició el cabello alborotado, obligándola a cubrirse con un viejo chal negro.

Poco importaba que le quedaran unas cuantas horas de luz, conocía el bosque como la palma de su mano y sabía

bien cómo lidiar con los animales curiosos que se pudieran acercar. El título de bruja le parecía ignorante, los conocimientos que poseía se debían a los años de experiencia en la medicina y remedios naturales. Darse el tiempo de conocer el mundo en el que vivía no tenía nada de mágico o especial, pero a los brutos del pueblo nadie los iba a convencer de lo contrario.

— ¡Así me pagan! Les hago un remedio y cuando ven que funciona, le cuentan al vecino para entre todos formar una turba y aventurarse al monte — renegó arrodillada frente a un arbusto repleto de bayas grandes y jugosas.

El graznido de un cuervo anunció la presencia de su amigo, quien no tardó en aterrizar en un árbol cercano.

— ¡Llegas tarde, Rémiges! — reclama con su voz vieja y gastada —. Se coló un metiche en el bosque y me dejó una nota — comenzó a contarle sin sonar preocupada —. No tardan en aparecer con sus antorchas y no dudo que alguien se vuelva a perder como la última vez — anticipó lanzando una baya en dirección al enorme cuervo que se posaba en una rama baja.

— Avísale a Mármol, será mejor que mantenga a su jauría lejos esta noche. Ya ves que esos miedosos se asustan rápido y empiezan a disparar cuando escuchan cualquier ruidito — suspiró. El cuervo se tragó la baya y ella le lanzó otras dos antes de que el animal volviera a graznar y se echara a volar.

— Ahora a pedirle ayuda al señor mirón — meditó en voz alta, intentando recordar la ubicación del nido del búho. Sabía que el viejo cascarrabias terminaría reclamándole el favor, pero él era el más indicado para encontrar personas perdidas durante la noche.

La inconveniencia de su desvío la forzó a caminar el doble de lo que acostumbraba en una tarde normal.

—Ya estoy vieja para esto, Dientes —suspiró resignada antes de volver a entrar a la vieja choza—. Dos bellotas nada más —le advirtió a la regordeta ardilla que reposaba sobre su hombro, una amiga que, luego de perderle el miedo, pasó de habitar un árbol cercano a instalarse en las cavidades del techo de la cabaña.

Entregada a la tarea de hacer una mermelada, dejó de prestar atención al pasar del tiempo mientras se imaginaba disfrutando de una rebanada de pan dulce. Afuera oscureció. Estaba lista para cenar e irse a dormir. Deseaba concluir el día sin interrumpir más su rutina, pero un golpecito en la ventana confirmó lo inevitable.

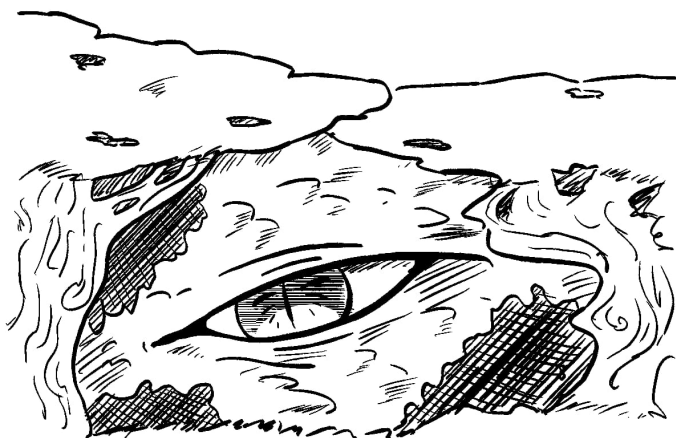
—Anda, Rémiges, come algo de pan. Aún alcanzamos a cenar en lo que ellos se espantan con los árboles y sus sombras —dijo abriendo la ventana—, y si Mármol canta a tiempo, ten por seguro que, de un grupo de veinte brutos, tal vez tres logren llegar a mi puerta pidiendo ayuda, el resto saldrá a perderse a rincones rebuscados —exhaló, no quedaba más que resignarse.

Sólo un idiota escribía una nota para advertir a su víctima, y sólo una muchedumbre dramática planeaba iniciar una cacería de brujas al caer la noche... ¡todo para justificar las antorchas que de día no se apreciaban igual!

—¡Auxilio! —se escucharon gritos en el bosque luego de que el canto de los lobos hiciera eco en todos sus rincones.

—Justo a tiempo —sonrió de lado y se puso de pie—. ¡Ve, Rémiges! —le dijo al cuervo que echó a volar gritando por los cielos cual alarma, mientras ella soltaba una sonora carcajada.

Antes de ayudar a cualquiera que lograra llegar hasta su hogar, volvería a darles motivos para creer en bosques encantados y brujas misteriosas. De cualquier forma, ya se habían tomado la molestia de llegar tan lejos e interrumpir su sueño; necios y sordos, siempre negándose a entender por las buenas.



UN ACENTO EXTRAÑO

Sentado en la barra de la taberna, escondía sus facciones bajo una manta negra de lino, miradas curiosas sobraban sin importar a dónde fuera, y su deseo era pasar desapercibido. Desganado, observaba el color ámbar en la triste bebida burbujeante que el cantinero le acababa de servir.

Si solo fuera tan ignorante como para lograr disfrutar de semejante excusa de bebida, tal vez entonces lograría simpatizar mejor con aquellas criaturas bípedas que se jactaban de ser los dueños de la tierra.

Obligándose a pasar saliva un par de veces, saboreó el interior de su boca antes de atreverse a beber tan desagradable líquido. Con el puño apretado alrededor del aza de cristal, y arrugando las cejas mientras la bebida pasaba por el fondo de su garganta, bebió hasta dejar el tarro vacío para

poder azotarlo sobre la barra y alejarlo de su persona con una mueca de profundo desagrado. Siempre era lo mismo, sin importar cuantas veces lo hiciera, jamás se acostumbraría.

— ¿Otra? — ofreció el cantinero casi de inmediato.

— No — gruñó con voz ronca —. Tengo asuntos que atender — añadió sin establecer contacto visual.

“Asuntos que atender”, lo hacía sonar como algo importante, pero aquello era más bien una “inconveniente molestia” de la cual no podía escapar. Una situación comprometida de la que sólo podría librarse si se apegaba al papel que le asignaba su castigo.

— ¿Elfo? — el viejo cantinero alzó una ceja con curiosidad.

— No se meta en lo que no le importa — bufó jalando la orilla del improvisado gorro de lino para cubrirse más el rostro.

— ¡Bah! no hay necesidad de agitarse por la pregunta. Aquí la gente no es conservadora como en los pueblos pequeños, servimos a todos por igual. El oro y la plata mantienen el mismo valor sin importar las manos que lo entreguen — le asegura con una sonrisa natural que respalda sus palabras. Al viejo no le importaba la raza de sus clientes, pero eso no significaba que el resto de los presentes opinaran igual.

— Ya — contestó apenas con la intención de cortar la conversación.

— Aunque, para ser elfo pareces estar desperdiciando la oportunidad de burlarte de mí “generosidad” y educarme con un largo sermón sobre las razas, sus diferencias y sus rangos — se ríe negando con la cabeza, levanta un viejo trapo y comienza a limpiar el tarro entre sus manos —. Supongo que no todos son tan pedantes — se encoge de hombros mostrándose satisfecho con la limitada interacción que compartían.

—Estúpido es el que siempre habla más de la cuenta y nunca se sienta a escuchar —sonríe. En eso el cantinero tenía razón, el pedantismo de los elfos resultaba enfermizo.

—Me agrada la forma en la que hablan ustedes. Las familias nobles fingen el acento, pero creo que nunca habrá un humano que logre igualar la pronunciación de un elfo... ¿por qué será? —lanza la pregunta sin la intención de obtener respuesta y se encamina de vuelta a la pared repleta de botellas y barriles para servir la orden que grita un cliente en el otro extremo de la barra.

Conocimiento, era la palabra que el cantinero necesitaba para expresar la diferencia. Los elfos vivían más tiempo y crecían conociendo los sonidos de la madre tierra. La pronunciación de las palabras que usaban se definía por los sonidos que eran capaces de imitar, sonaban “elegantes”, porque sus alientos fluían con el ambiente que los rodeaba, adaptaban el timbre de sus voces a la velocidad del viento y a la vibración de la tierra, pero un humano jamás lograría entender semejante concepto, así como tampoco entendería que los elfos mismos estaban lejos de tener una pronunciación perfecta. Si se rebajaba a la descripción del cantinero, podía decir que ellos también tenían un acento imperfecto. Pensó, permitiendo que una pequeña sonrisa se posara sobre sus labios.

La campana de la puerta anunció la llegada de más clientes, no le hizo falta voltear para saber que aquellos tres individuos eran a los que estaba esperando; silenciosos bajo la percepción humana, pero rodeados de susurros translucidos con los cuales mantenían una conversación discreta.

“¿Cuál es el mercenario?”

Elfos. Exhaló, enderezó la espalda y se puso de pie.

—Llegan tarde —los acusa extendiendo una de sus manos para indicar el camino hacia una mesa en el fondo de la taberna.

—Hubo complicaciones —Alba, el líder, aclara de inmediato sin soltar detalles. Aunque no se podía esperar mucho de un joven de su estatus social.

Las viejas sillas de madera crujieron bajo el peso de los cuerpos que se posaron sobre ellas. Los cuatro, sentados en una postura perfecta, intercambiaron miradas antes de iniciar la plática pendiente.

—Eliges siempre los peores lugares para reunirnos —se queja el viejo Lirio.

Sus largas barbas blancas dejan ver los años que pesan sobre sus hombros, pero el brillo y la elasticidad de su piel bien alcanzaría para engañar a cualquier humano a pensar que aquel pomposo elfo no tenía más de cien años.

—Porque nadie de importancia entraría a estos tugurios —se toma la molestia de explicar.

—Nadie en su sano juicio lo haría —bufa el viejo Lirio sacudiendo el polvo inexistente de su blanca túnica de seda.

Siempre era lo mismo, entre más viejos más insoportables.

—Kefás, te pido nos enfoquemos en las tareas que tenemos pendientes —sanciona Alba con las cejas arrugadas.

—Con gusto —sisea sin querer y se reprende.

—¿Disculpa? —interviene Aura, la única mujer del grupo, pero no por eso la más accesible.

—Mala costumbre —escupe entre dientes—. No volverá a pasar —baja la cabeza en señal de sumisión. Sólo quería terminar con todo cuanto antes, porque de todo lo molesto que podía ser la vida mortal, lidiar con elfos resultaba ser de lo más desgastante.

—¿Qué van a beber? —interviene la mesera, con un vestido rojo y justo que no hace más que resaltar sus generosos pechos por encima del vistoso escote.

Una mirada basta para que los elfos rueden los ojos o encojan la nariz en señal de desagrado, pero el establecimiento es una taberna y las sillas son exclusivas para los

clientes. Las normas son claras, y ellos son seres orgullosos que presumen su inquebrantable disciplina frente a todo el que pueda estar ahí para presenciarlo, incluso si eso significa comprar una desagradable bebida en una desagradable taberna de humanos.

— Un tarro de cerveza oscura para cada quién, por favor — sonríe Kefás, luego de apreciar las miradas incrédulas de sus acompañantes.

— De inmediato — la mesera le guiña el ojo y se retira meneando las caderas con exageración.

— ¡Me das asco! — escupe el más viejo tras golpear la mesa con la palma de su mano.

— Lirio — Alba interrumpe de nueva cuenta —. Kefás. Tu reporte — ordena sin demostrar expresión alguna.

— Maté a nueve de los doce — pronuncia en su preciosa lengua original con tal de evitar oídos curiosos.

— Habla como un perro — lo insulta Lirio sin dejar pasar la oportunidad de presumir su propia pronunciación.

— ¡Ignorante! — bufa levantándose de la silla y empujando la mesa contra el viejo elfo.

— ¡Basta! — Alba se lanza hacia él para detener el ataque, y Aura hacia Lirio para ayudarlo a evitar perder el equilibrio sobre la silla que quedó apoyada en las patas traseras —. Demuestra que eres mejor de lo que él piensa — le murmura con destreza y soltura para que sólo sus oídos puedan escucharlo. El joven elfo no tenía la culpa de que el viejo fuera demasiado engreído como para merecer existir.

— Discúlpame, Alba. Me dejé llevar por sus provocaciones — exhala dando un par de pasos hacia atrás y acomodándose la ropa.

— ¡No tienes familia para respaldarte, no tienes cultura ni raíces, no recibiste educación, eres sólo un títere que la tierra escupió para mantener nuestras manos limpias de sangre humana! — Lirio continuaba maldiciéndolo a él, su nombre

y su existencia, a medida que Aura lo llevaba a rastras hacia la salida de la taberna.

—Aquí está tu lista —entrega el viejo pergamino con una mano temblorosa—. No quiero volver a saber de ustedes en menos de treinta días —condiciona sin atreverse a contaminar la mirada del joven líder con la suya.

El enojo y la impotencia que sentía eran producto de su castigo, él fue el único responsable de todo lo que le estaba pasando. Toda la humillación, las incomodidades, el anhelo de volver a casa, el sufrimiento al presenciar las barbaridades que los humanos efectuaban sobre las tierras que se atrevían a invadir, todo era su culpa.

—Perdón, Kefás —Alba hace una pequeña reverencia, coloca un par de monedas de plata sobre la mesa y sigue el camino por el que partieron sus compañeros.

—Al menos siempre pagan más de la cuenta —la camarera se atreve a comentar después de que un espeso silencio se hubiera apoderado de la concurrida taberna.

—Para el tamaño de sus egos deberían haber dejado el doble de dinero, y aun así se habrían quedado cortos —bufó arrugando la nariz.

—Bueno, imagínate. Los humanos nos volvemos insostenibles a partir de los cincuenta años, dicen que los elfos llegan a vivir más de quinientos. No por nada la convivencia entre nuestras razas resulta casi imposible —opina con una risilla socarrona que delataba las bajas expectativas que tenía hacia los elfos.

—Sí —sonríe de lado ante el comentario, y ante la ironía de ser identificado como a otro humano más—. Gracias —asiente con la cabeza y comienza a abrirse paso hacia la salida sin importarle las miradas indiscretas que lo siguen hasta la puerta.

Los elfos se habían marchado sin dejar rastro de su presencia, las oscuras calles de la aglomerada ciudad se mos-

traban casi desiertas, pasaba de la media noche, hacía frío y no había luna que ayudara a detectar los peligros que asechaban en las sombras.

A esto se redujo su vida, a ocultarse y procurar no llamar la atención para lograr acercarse a sus víctimas sin ser detectado. ¿Cuántos años pasaron desde los días en los que su presencia adornaba el horizonte a la orilla de un bosque? Orgullosa montaña rocosa a la que la gente temía, respetaba y veneraba por el simple hecho de existir. Tuvo todo lo que alguna vez pudo llegar a desear... entonces ¿por qué cayó frente a la limitada percepción de un poeta humano?

No importaba cuántas vueltas le diera en su cabeza y cuánto quisiera corregirse, sabía que la ternura que aquellas palabras despertaron en su corazón no se iría jamás. Aunque Ahaam no hubiera alcanzado a vivir para darse cuenta del poder de sus versos, su condición humana no significó un impedimento para establecer un vínculo con Kefás.

Tan limitado como el resto de los humanos, con oídos casi sordos y ojos incapaces de ver todos los colores que existen, el poeta no se cansó nunca de recitarle a los árboles, a las rocas, al viento, al sol, a las flores y sus campos, al agua, a los animales, y a las nubes. Su devoción fue tan pura que resultaba imposible ignorar un alma tan genuina e inocente. Así, con palabras mal pronunciadas, una escritura precaria y una voz inferior al canto de cualquier pájaro, Ahaam cautivó el corazón de la montaña, sin darse cuenta y, sin querer, su adoración se tradujo en un mensaje capaz de trascender los límites que señalaban a los humanos como a criaturas desagradables e inferiores.

Ni una advertencia enviada por los dioses mismos habría evitado que Kefás interrumpiera su sueño y rompiera la orden que recibió de dormir por la eternidad, pues habiendo recuperado la conciencia notó que su corazón guardaba un

profundo anhelo que jamás podría satisfacer si continuaba inmóvil.

Debía entregar una palabra, regalar el sonido indicado que el poeta buscaba en sus versos, el significado del amor que sentía por la existencia misma; un regalo que, sin importar cuán insignificante o imposible resultara para la limitada pronunciación del humano, bastó para condenar el destino de uno de los hijos más viejos de los dioses.

Caía la tarde cuando un par de ojos rojos se abrieron cerca de la base, la montaña exhaló una bocanada de humo, el cielo se oscureció, la tierra tembló, las rocas comenzaron a caer por la pendiente, magma emergía de las grietas que nacían a medida que Kafás estiraba su cuerpo entumecido por el tiempo.

—¡Dragón! —se escuchó la advertencia a lo largo y ancho del territorio. Nada de eso importaba, su intención sólo era llevar aquel precioso regalo que, al no ser material, no contaba con otra manera de entregarlo más que en persona. Irguiendo su enorme cabeza comenzó a ver de un lado a otro en busca de Ahaam, escuchando con atención los gritos de espanto a su alrededor intentó enfocarse en el tono inconfundible del poeta. Se sentía seguro de poder reconocerlo incluso si un millón de humanos decidían gritar a la vez, pero por más atención que puso, no lo escuchó.

—Vuelve a dormir, Kefás —rugió Caos, el primer dios que bajó en respuesta a la insolencia del dragón.

Su forma era incomprensible para los humanos, pero para Kefás su manifestación era más que clara, con el fuego consumiendo el bosque que lo rodeaba, el humo que emergía del hueco que dejó en la tierra y la agitación del mar, Caos se apareció casi de inmediato para castigarlo.

—Busco a Ahaam —habló con sinceridad, como acostumbra desde el día de su nacimiento.

— Los dragones no pueden convivir con los humanos — bufó Caos—. Vuelve a dormir —ordenó y la tierra se estremeció hasta partirse formando varias grietas alrededor del bosque.

— Encuentra a Ahaam y volveré a dormir —se atrevió a condicionar y la lluvia se hizo presente.

Los dioses se acercaban, molestos e indispuestos, listos para someterlo y castigarlo. Ellos jamás iban a reconocer el valor de un humano y mucho menos aceptar la insolencia de uno de sus hijos mayores. Kefás los conocía bien, miles de años ayudándoles a formar la tierra le enseñaron los límites de cada cual, y sabía que, a pesar de su relativa compostura, Caos estaba furioso.

— Ahaam está muerto, vuelve a dormir —escuchó a Tiempo con su voz pesada y profunda —vivía en la base de la montaña y murió en cuánto levantaste la cabeza, por eso no pueden convivir, por eso existen las reglas —lo reprendió.

Kefás agachó la mirada y olfateó con fuerza hasta distinguir el característico aroma a hierro que tenía la sangre humana. En efecto, su manifestación bastó para matar a cientos de ellos, y claro, su primera víctima sería el poeta que logró despertarlo. ¡Por eso lo escuchaba tan claro! Ahaam recitaba poemas cerca de su oído. “Oh, pobre y desdichado humano de cuerpo frágil, mente pequeña y alma pura”, pensó Kefás, dejando caer una lágrima.

— ¡Vuelve a dormir, dragón! —Gritaron la Lluvia, el Trueno y la Marea; Kefás rugió y maldijo a Caos en voz alta. Por supuesto que nadie iba a ganarle a los dioses y sus reglas, ellos estaban ahí para asegurarse de que todos sucumbieran a su voluntad.

Volviendo a agachar la cabeza simuló la posición en la que descansó por tantos años, entonces lo vio, el cuerpo sin vida de Ahaam atrapado debajo de una roca—. ¡Kefás! —

advirtieron los dioses a medida que acercaba el hocico a la figura del humano.

—“Vida” es la palabra que buscabas, pero cuando la pronuncias como es debido significa energía o palpar. Eso era lo que sentías en el pecho cuando observabas maravillado los paisajes que te rodeaban, y fue lo que adoraste hasta tu último momento —murmuró, cálido, con la esperanza de que sus palabras alcanzaran el espíritu del hombre que tenía delante.

—¿Te atreves a desafiarnos?! —reclamaban a coro, pero el dragón se negaba a escuchar.

Guardó silencio por un minuto y antes de que pudieran atacarlo abrió el hocico y devoró al poeta. Ni los dioses y sus reglas lo iban a apartar de él. Si no podía regalarle algo, lo comería y lo volvería parte de sí mismo. La sangre de Ahaam se volvería su sangre, y sin importar que su espíritu se hubiera marchado al más allá, parte de su esencia se quedaría con él por el resto de su vida.

Lo siguiente que recordaba fue despertar con forma mortal, tirado a la orilla del mar, desnudo y bañado por las gotas de una llovizna ligera.

“Tu condena será servir a los elfos como asesino de humanos, deberás matar a un millón de ellos antes de volver aquí y pedir perdón”.

Escuchó el murmullo de la lluvia y maldijo entre dientes. Habría estado mejor muerto que sirviendo a la cuarta generación de hijos, esos que juraban ser los segundos, actuaban como si fueran los primeros y menospreciaban a todos los que no fueran de su raza.

—Un millón de humanos... —murmuró su condena mientras desaparecía entre la oscuridad en busca de su siguiente víctima.



EL OFICIO IDEAL

Los pájaros cantaban alegres melodías para acompañar la soleada mañana. Flores cubiertas de rocío adornaban la pradera. Un río bajaba, vigoroso, desde la cima nevada de las montañas, su agua, fresca para quien deseara beber.

A unos metros del río, bajo la sombra de un anciano roble, se erguía una vieja casa de roca y madera con techo de paja. Aunque pequeña y humilde, servía de hogar a un valiente caballero, cazador de bestias, oficio que heredó de su padre, quien, a pesar de su prestigio entre los pueblos y el favoritismo del rey, tuvo una muerte prematura a sus cuarenta años.

Nuestro caballero desmontó de su negro corcel, caminó dentro del pequeño corral y cerró la reja detrás del animal.

— Descansa, Quinto — murmuró, liberando un ligero suspiro. Después, arrastró los pies hacia el interior de la casa.

Se dejó caer sobre la única silla frente a la reducida mesa de madera. Tomó la barra de queso y la canasta con pan. Sin querer forzarse a cortar los ingredientes para hacer un emparedado, se conformó repartiendo mordidas a cada cosa de manera que los sabores se mezclaran en su boca. Siempre que pudiera llenar el vacío en su estómago, poco importaba si la comida era sabrosa o estaba bien hecha.

Tras saciar su apetito, se encaminó a la cama de paja y se tumbó en ella. No se quitó la desgastada armadura, ni cambió la ropa. El sabor ácido del queso permanecía en su lengua. Las botas, húmedas, le incomodaban los pies. Cada cosa tenía una solución sencilla... si sólo pudiera deshacerse de la pesada sensación que le invadía el cuerpo. Era como si Quinto se le hubiera sentado en el pecho y él no pudiera hacer nada para quitárselo de encima.

Suspiró el pútrido aroma de la sangre de ogro que lo bañaba de pies a cabeza. Estaba harto, todas las noches era lo mismo: las montañas no paraban de parir criaturas y él no se daba abasto. Su hermano, el panadero, no tenía que soportar semejante carga. ¡Y pensar que se burló de él cuándo se negó a tomar la espada y expresó el deseo de trabajar frente a un horno!

— ¡Magnus! — escuchó la profunda voz del herrero. Un hombrecillo de baja estatura y panza prominente.

— Largo, Frey — pronunció apenas, negándose a abrir los ojos. Ya sabía el propósito del herrero, su presencia era esencial e inevitable. Deseaba poder dejarlo todo de lado, cerrar los ojos y perderse en la magia de sus sueños.

— Cada día estás de peor humor — comentó, adentrándose en la casa sin dejarse intimidar por la indisposición del caballero —. ¡Por todos los dioses! ¡Apestas! — se quejó, abriendo con prisa la única ventana en la oscura morada.

En silencio escuchó todas las quejas, consejos y comentarios, con la esperanza de que su falta de participación bastara para robarle el entusiasmo a su visitante.

— ¿En dónde dejó la espada? — preguntó luego de ordenar la pocilga un poco.

— En donde sea — musitó entre dientes. Sentía los músculos entumecidos y no valía la pena el esfuerzo levantar ni un dedo con la intención de señalar.

— ¿En dónde dejaste la espada que usaste anoche?

— No sé — refunfuñó deseando poder enterrar la cabeza en la áspera manta que recubría la paja sobre la que reposaba. Si solo pudiera ignorar la comezón que solía invadirlo cuando intentaba efectuar semejante acto.

— ¡Ya la vi! — celebró—. Ahora necesito tu armadura — escuchó la vieja madera crujir bajo los pies de Frey: estaba frente a él. Magnus sabía que estaba siendo observado por ojos enérgicos y una estúpida sonrisa.

— Otro día, Frey — imploró reuniendo las fuerzas que le quedaban para impulsar su cuerpo hasta quedar sentado sobre la orilla de la cama.

— No te preocupes. Yo me encargo de todo, campeón — el alegre hombrecillo se arrodilló frente a él y comenzó a aflojar las piezas de armadura para quitarlas de una por una. Incluso mantenerse erguido representaba un gran esfuerzo. Dudaba poder seguir viviendo así, el entusiasmo que sintió durante sus primeras aventuras como cazador se había esfumado años atrás.

— Tal vez deba ir con mi hermano a la villa y volverme panadero como él — meditó en voz alta, con la mirada perdida.

— ¡¿Qué dices?! ¿Y quién se desharía de las bestias? — Frey lo observó arqueando las cejas y abriendo los ojos de par en par.

— O tal vez pescador... — dejó asomar una pequeña sonrisa.

— ¡No! Las bestias se multiplicarían y acabarían con los pueblos — sacudió la cabeza.

— Las bestias viven en las montañas, ¡que la gente aprenda a cazar en las praderas! — bufó — . ¡Es más! Seré maestro y enseñaré a la gente a ahuyentar a las bestias — comenzó a emocionarse.

— Magnus... necesitas dormir un poco — intentó convencerlo.

— No, Frey, si sigo así, moriré joven... como mi padre. ¿Has visto todos los hijos y amigos que tiene Guss? Siempre está cubierto de harina, pero parece el panadero más feliz del mundo — resolvió poniéndose de pie sin avisar — . ¡Vamos, Frey! Iremos a la villa — se encaminó a la puerta arrastrando al renuente herrero con él sin prestarle atención a la lluvia de objeciones que salían de su boca.

— ¡Buenas noticias, Quinto: no más cacerías nocturnas! — se montó sobre el hermoso corcel negro al sacarlo del corral. Desconocía el origen de sus renovadas energías, pero no las iba a malgastar; después de todo, era un hermoso día y había mucho por resolver.





Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año de 2025
con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México.

